

LOS ONAS O SELKNAM DE LA ISLA GRANDE DE TIERRA DEL FUEGO

POR AURELIANO OYARZUN.

Se da el nombre de Tierra del Fuego a un grupo de islas situadas en el extremo sur de la América meridional y parte de la Patagonia occidental. La mayor lleva, naturalmente, el nombre de Isla Grande. Al sur de ésta, separada por el Canal de Beagle, se encuentran otras más pequeñas que comprenden el Cabo de Hornos. Al suroeste de la moderna población de Magallanes, en la península de Brunswick, aparece el Cabo Froward, último extremo de la América del Sur. Más al sur todavía, al oeste de la Isla Grande, se levanta de nuevo y muere allí la cordillera de los Andes que se pierde en las aguas de los dos grandes océanos. Es aquí donde se encuentra el pintoresco monte Sarmiento, que lleva el nombre del célebre navegante español Pedro Sarmiento de Gamboa, que cruzó en 1579, en su viaje del Callao a España, la costa occidental de la Patagonia y el Estrecho de Magallanes. Iba en busca del célebre pirata Francisco Drake, que por esa época merodeaba por las costas del Pacífico.

Tanto las islas magallánicas, como las situadas al noroeste de la Patagonia, hasta los Chonos, están habitadas por los indios fueguinos. En el archipiélago magallánico están los *Alacalufes*; en la isla Grande, los *Onas*, y en las islas del extremo sur y canal de Beagle, los *Yaganes*.

Estas tierras fueron motivo en la Edad Media de las suposiciones más antojadizas de los europeos. Lothrop, que las ha visitado, recuerda que se dijo entonces que los indios antípodas tocaban con las plantas de sus pies a los habitantes de

las regiones opuestas del globo; que los árboles crecían al revés y que las lluvias y las nevadas ocurrían hacia arriba. Nadie moría en estos lugares. Nuestro buen Padre Ovalle propagó en su tiempo en Roma, la noticia de que los fueguinos llevaban cola y que para cubrir su desnudez, se revolcaban en el barro que dejaban secar después tendidos al sol.

Magallanes, descubridor del estrecho que lleva su nombre; agrega Lothrop, dió a estas islas el nombre de Tierra del Humo, lo que al ser oído por el Emperador Carlos V, motivó que éste dijese riendo: ¿Por qué, cuando éste es producido por el fuego?

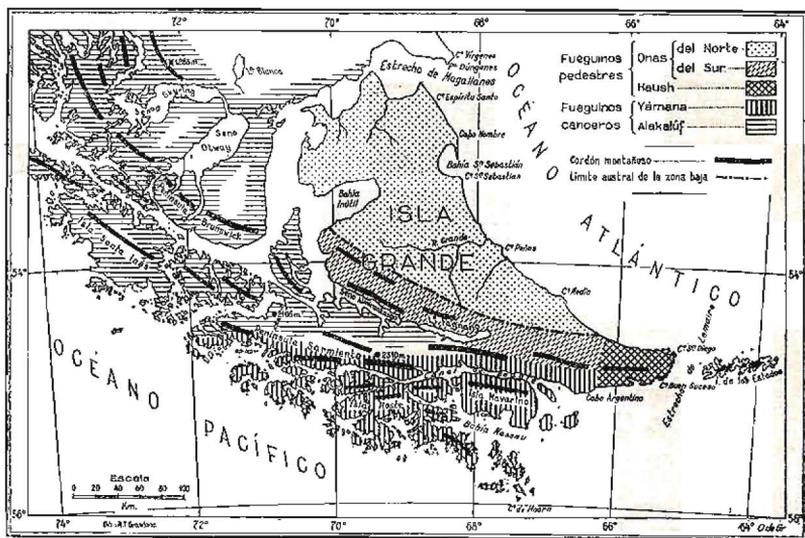
La Isla Grande tiene una extensión de cerca de cincuenta mil kilómetros cuadrados. En el norte y el este es plana, como la Patagonia, de la que es continuación, separada por el Estrecho de Magallanes. En la parte suroeste es alta y montañosa, rica en fiordos, canales, rocas y vientos que forman continuamente un nido de tempestades.

La región oriental, ocupada en parte por la Argentina, puede mantener mucho ganado lanar; no así la chilena, occidental, que aunque boscosa, es de menos valor.

La flora está representada en el norte —que tiene el carácter de las estepas arenosas del continente patagónico— por arbustos bajos y matorrales que con las aguas estancadas forman a veces parques en medio del desierto. En la parte montuosa crecen los robles conocidos científicamente con los nombres de *Nothofagus antartica*, betuloides y pumilio, maitenes, canelos, bacharis, permetias, chilotricos, etc., y una rica flora hidrófila en que abundan, en medio del fango y la humedad, los musgos, los hongos y aún las orquídeas. De los hongos hay numerosas clases, entre ellos la *Cytaria darwini*, que se come fresca y seca. Vive en el mar el *Fucus giganteus* o *Macrocystis pyriferá*, planta notable por su thalus, que mide, según Philippi, 275, y según Leunniis, 330 metros de largo, constituyendo así el representante más grande del reino vegetal. Se adhiere a las rocas del fondo del mar o a las que están escondidas bajo la superficie de las aguas, con lo que indica el peligro a los navegantes, y sus ramas extendidas en una gran superficie, amortiguan el movimiento de las olas del mar y evitan los naufragios.

Las islas presentan todas el mismo verdor en su superficie baja, y las mismas nieves eternas en sus partes altas; llama la atención en otoño el tono café morado intenso de las hojas de los robles, que ha dado lugar a muchos motivos folklóricos de los indios.

El guanaco es el animal por excelencia de los *Onas*. Su carne constituye su alimento principal; sus pieles los protegen del frío y sus tendones les suministran el material para la costura de sus pieles, las cuerdas de sus arcos y los collares de sus adornos. Siguen a aquel la nutria, los cururos, las aves, los peces, los lobos marinos y ocasionalmente las ballenas.



El perro primitivo ha desaparecido y no lo conocemos desgraciadamente, pero se encuentra el zorro, del que pudo haber descendido. No faltan los murciélagos, las lagartijas, los sapos y los escorpiones, que son pequeños.

Se cuentan más de cien especies de aves en la Tierra del Fuego, de las que sólo los patos suministran carne a los indios.

Es curioso observar la frecuencia y la enorme cantidad de loros o choroyes en estas islas, siendo que parece que debieran vivir sólo en el norte del país. El cóndor y el chimango tampoco faltan en estas regiones, lo mismo que las lechuzas, los queltehués, los picaflores y otros pájaros.

Los huevos de los pájaros son muy apreciados por los naturales. La abundancia de peces, centollas y mariscos, constituye la base de la alimentación de los *Yaganes* y *Alacalufes*. El clima, aunque duro y frío, no es tan inclemente como en las latitudes correspondientes de la Europa boreal.

Quedaban, según Gusinde, hace pocos años, sólo ciertos indios *Onas*, una anciana *Haush*, cincuenta *Yaganes* y ciento cincuenta *Alacalufes*. Con esto se puede decir que ya han desaparecido los fueguinos.

Hoy me ocuparé de los *Onas* únicamente. Dejo aquí constancia de que si bien es mía la forma de lo que voy a exponer, los conceptos están en su mayor parte extractados de la obra de Gusinde, persona a quien nunca agradecerán lo suficientemente la ciencia y el Museo Histórico Nacional de Chile, pues con la ayuda de este sabio explorador se resolvió el problema etno-antropológico de la Tierra del Fuego, hasta ayer nomás uno de los más oscuros del continente americano. Ha quedado así establecido que la constitución física de estos naturales, aunque unos, como los *Onas*, son de estatura desarrollada, y los demás de tipo pigmoide, no ofrece más particularidades que la diferencia de otras razas humanas, como lo había concebido C. Darwin en su tiempo.

Los *Onas* ocupan la Isla Grande y se dividen en dos grupos, los del norte y los del sur. Sólo unos pocos han ocupado la parte del norte, y los *Haush* la región del sureste. De estos encontró Gusinde sólo a una anciana, y Cook, en sus viajes, a una población numerosa; de ella nos dejó el dibujo de una familia en su choza. El grupo de *Onas* del sur, el más numeroso, habita la región montañosa de la isla.

Pero, ¿desde cuándo ha sido habitada la Tierra del Fuego y quiénes fueron sus primeros pobladores? Para responder a estas preguntas, hay que tomar en cuenta que los *Onas* forman un tipo de individuo distinto a los *Yaganes* y *Alacalufes*. Los *Onas* se parecen a los patagones, de los que se de-

rivan seguramente. En cambio los otros naturales son de baja estatura, y es muy probable que sus antecesores deban ser buscados en el Brasil, entre los *Gez* o *Botocudos*. Respecto de la época de su llegada a la Tierra del Fuego, sólo podemos decir que los conchales de las costas nos revelan una edad muy remota, pues contienen artefactos de carácter paleolítico, como ser raspadores, cuchillos, puntas de flechas de pedernal, etc., cuyo uso no conocen los habitantes actuales.

Los *Onas* del norte usan como habitación cueros extendidos sobre estacas o palos clavados en el suelo, contra el viento: un verdadero paraviento o toldo (*Windschirm*), y los del sur, chozas en forma cónica, hechas de estacas también clavadas en el suelo y cubiertas con tepes y cueros.

Los *Yaganes* ocupan las islas del sur, las costas y el canal de Beagle, pues son nómades del suelo y del mar, y pasan la vida pescando en sus dalcas formadas de tres trozos de corteza de árbol, cosidas con fibras de barbas de ballena, y en sus paravientos que levantan accidentalmente en la tarde, para pasar la noche y seguir navegando al día siguiente.

Los *Alacalufes* hacen la vida de los *Yaganes*, pero en los canales de las islas y costas occidentales de la Patagonia, donde se les ve desde las cubiertas de los transatlánticos que navegan por esos mares.

¿Cómo han desaparecido estas gentes? Primero por el contacto con los europeos, comunicándoles éstos sus vicios y enfermedades. Luego por los buscadores de oro y los estancieros, estos últimos principalmente que, descontentos con los indios por los robos que les hacían de sus ovejas, después de haberlos privado ellos mismos de sus tierras y guanacos, encontraron en los cazadores profesionales de indios una ayuda eficaz para exterminarlos. Uno de los más célebres de estos individuos fué el rumano Julio Popper, famoso por su cinismo y sus asesinatos. Existe una fotografía suya mandada hacer por este mismo monstruo humano, en la que se ve el cadáver de un padre de familia en el suelo y Popper observando cómo, a los tiros de su rifle, caen los cadáveres de la mujer y sus hijos que huyen de esta cacería salvaje. Esta fotografía "que yo mismo he visto, —dice Gusinde— despierta un sentimiento de horror y asco".

Igualmente cruel fué Mac Lenan, que cazando indios a una libra esterlina por cabeza, juntó en un año la cantidad de 412 libras y llenó de cráneos a los museos de Europa. Lo mismo el sadista Sam Ishlop, "cazador profesional de indios" que, como ha dicho el mayor chileno Fuentes citado por Gusinde, deshonraba, además, asquerosamente a los que tomaba vivos y aun a los muertos de ambos sexos. Sus hechos espeluznan. Cuando él o su tropa sorprendían a mujeres embarazadas las traspasaban con las bayonetas para sacarles del vientre al niño, a quien cortaban las orejas para aumentar y asegurar la paga.

Es triste pensar que esto hicieron algunos pseudo-pioneros de la civilización extranjera, mientras los chilenos digeríamos de mala gana las tristes impresiones de Darwin sobre éstas hoy tan ricas posesiones del suelo americano.

Los *Onas* son individuos grandes y fuertes. Tienen una altura media de 1,75 mts., que, según Lothrop, es la más alta que se ha encontrado en los indios americanos, igual probablemente a la de sus vecinos los patagones, de quienes descienden.

La altura de los *Yaganes* alcanza a 1.58 mts. que, según el mismo autor, es la más baja de las tribus americanas.

Los *Alacalufes* son más o menos de la misma estatura de los *Yaganes*, es decir, pigmoides como los anteriores, rasgo característico hasta hoy de los hombres más primitivos en todas las regiones del globo.

El 25 de octubre de 1520 entró Hernando de Magallanes al estrecho de su nombre, al que cruzó en sólo 29 días en toda su extensión de 600 kilómetros. Iba en busca de las famosas *especias* de que carecían los europeos desde la toma de Constantinopla por los turcos, a fines de la Edad Media.

Pasaron después por él, durante 300 años, las naves de todas las naciones del mundo. El capitán Fitz-Roy, de la marina inglesa, navegó con la "Beagle", en el primer cuarto del siglo XIX por los canales patagónicos, llevando a su bordo al joven naturalista Carlos Darwin. En su libro de viaje nos pinta Darwin las tierras australes de nuestro dominio con los más despectivos colores, y sus habitantes como caníbales y seres los más bajos de la raza humana. Estas afirmaciones

tuvieron un eco deplorable en el mundo civilizado y, lo que es peor todavía, entre nosotros mismos.

Siguiendo nuestro estudio sobre las costumbres de los *Onas*, consideraremos únicamente algunos de sus rasgos más generales, por no sernos permitido hoy entrar en mayores detalles.

Comencemos por su vestido. Usan una especie de mocasín o sandalia de piel de guanaco. Los hombres se adornan la frente con un trozo triangular de piel blanca de este mismo animal, que llaman *kócel*, prenda de vestir muy apreciada que no pueden usar ni las mujeres ni los jóvenes que no han visitado todavía el *klóketen*, del que hablaremos más adelante.

Las mujeres se cubren, como los hombres, con un gran manto de pieles o con dos más pequeños: uno que se parece a un paletó y otro que se colocan sobre las caderas.

Tanto las mujeres como los niños, desde los cuatro años de edad, usan un taparrabo de cuero de forma triangular. Se cortan ahora el pelo, lo que no sucedía antes, pues lo dejaban crecer sobre los hombros. Nunca se han hecho moño o trenza las mujeres, y se peinan a uno y otro lado, sin hacer la partidura correspondiente, con una peineta hecha de una plancha de barba de ballena o con los dientes de las quijadas del delfín.

Se pintan la cara y el cuerpo de diversas maneras con tierras de colores negro, blanco y rojo. Estas pinturas se emplean para exteriorizar el sentimiento que anima al individuo en su vida cotidiana. Así, por ejemplo, las mujeres que desean parecer bien, se espolvorean el color rojo en el cabello, la cara, los brazos, los hombros y todo el cuerpo. En los casos de gran alegría se pintan la cara de rojo. Si ésta es general o está bueno el tiempo, desde el alba se pintan todos de rojo, agregando dos anillos blancos por encima de los codos y las rodillas y tres líneas del mismo color que se extienden de un hombro al otro, tiradas sobre las clavículas y que bajan, contorneando el esternón, hasta el ombligo. Para la caza se provee el indio de su *kócel*, su capa de piel de guanaco con los pelos hacia afuera, su arco y su carcaj, y se pinta la cara con una faja roja que se extiende desde las alas de la nariz hasta las orejas con un punto blanco en cada mejilla. Y así, según las circunstancias de la vida.

Las mujeres se adornan el cuello con collares de huesos de pájaros o caracoles, de dos o tres metros de largo, y las muñecas y los tobillos con hilos de tendones teñidos de rojo. El brazalete que llevan los casados en la muñeca de la mano izquierda, es obsequio de compromiso de la novia. Los niños se adornan el cuerpo quemándose en forma de puntos la piel de la cara externa de ambos antebrazos y se tatúan la cara interna de los mismos por medio de pequeños cortes, donde espolvorean carbón finamente molido que aparece más tarde de color azul. No se conocen los anillos de los dedos ni los adornos de las orejas.

Entre las armas se cuenta en primer lugar el arco, que se utiliza para la caza del guanaco. Consiste en un trozo de madera de roble (*Phagus antartica* o *betuloides*) de 140 a 180 centímetros de largo, más grueso en el centro, donde presenta al corte transversal la figura de una almendra, cubierto de medias cañas finas ahuecadas en toda su extensión. La cuerda, de tendones, se ajusta por medio de un nudo en los extremos que terminan en punta. La flecha, de un trozo de calafate (*Berberis*) generalmente pulido en una piedra arenisca, consta de una punta que primitivamente fué de cuarzo y ahora es de vidrio de botella, de figura triangular alargada, con dos alas laterales y un pedúnculo mediano para su fijación. La parte posterior lleva dos trozos de plumas fijados con breya e hilos finos de tendones. Como en las regiones tropicales, usan también flechas con el extremo redondo o transversal para cazar pájaros o ejercitar a los niños en la caza. Se guardan las flechas en un carcaj de cuero de lobo.

Una industria especial de los fueguinos es la de los canastos tejidos de una especie de junco, muy común en los pantanos de esa región. Son en aduja (espiral), técnica muy conocida en la América occidental, pero formada aquí de tal manera que la hacen característica de la Tierra del Fuego.

La familia es monógama. Consta del padre, la madre y los hijos. No se conocen la poligamia ni el divorcio. No se permite el matrimonio entre parientes, debiéndose atender para esto a las reglas de la exogamia local, porque se consideran parientes no sólo los miembros de una familia, sino también los del terreno que ocupan. Un cuñado no es, sin embargo, pa-

riente consanguíneo, y el levirato, esto es, casarse con la viuda del hermano que no tuvo sucesión, es un deber.

Es un requisito indispensable además para contraer matrimonio, conocer ciertas obligaciones que sólo pueden aprenderse en las ceremonias de las fiestas del *lólóketen*.

Creciendo los niños, ya en la edad de la pubertad, se desarrollan en ellos los afectos del alma y del amor, sin faltar a los deberes sociales. Y aquí es del caso recordar las bellas palabras de Gallardo: "El intinto genésico... en el *Ona*, es intelectual, no es sólo la bestia que sacia un apetito, que llena una función animal... Ya en el *Ona* florecen y se difunden los sentimientos afectivos. Conoceñ la simpatía, las nobles rebeliones del pudor, la compasión y el amor de la mujer... Y este grado de educación moral alcanzado en sus relaciones de sexo, se debe principalmente a la mujer ona, en cuyo seno dormitan infinitas delicadezas".

Convenido el matrimonio, el novio obsequia a su prometida un pequeño arco que, aceptado por ella, es señal de que consiente en él y se pinta la cara para indicar su determinación. Pero si por algún accidente se demora la ceremonia nupcial, el novio vuelve a enviar a la prometida un nuevo arco de la misma calidad. Aceptada definitivamente la proposición, vuelve la novia a pintarse la cara para presentarse al público. Consiste esta pintura en líneas blancas, paralelas, tiradas de un conducto auditivo al otro, que pasan por el dorso de la nariz y toman la parte inferior de las mejillas. Prepara, en seguida, secretamente, una pulsera de seis cordones de hilos de tendones que, por un cuidadoso lavado, brilla de hermosura, y dirigiéndose a la choza del novio con varios testigos, se la coloca en la muñeca de la mano izquierda. Con esta ceremonia, que es muy celebrada por todos, queda sellado el compromiso.

Efectuado el matrimonio, los nuevos esposos pasan a habitar la choza levantada con este fin por el novio y los parientes.

Vienen después las obligaciones mutuas de los padres y los hijos, observándose las mejores relaciones que pudieran exigirse entre los civilizados.

Los padres no pierden nunca la ocasión de instruir convenientemente a sus hijos desde la más temprana edad,

aún en los deberes del matrimonio. Así, refiere Gusinde que oyó una vez a un padre decir a su hijo de 14 años de edad: "¡Procura alcanzar mejor puntería con tu arco! y si no, ¿cómo podrás cazar más tarde una buena cantidad de animales? Llegará un día en que tendrás mujer e hijos y necesitarás mucha carne!". Una tía decía otra vez con gran impaciencia a su sobrina de sólo 12 años de edad: "¡Acostúmbrate a no ser respondona, porque de esta manera estarás más tarde siempre en disputa con tu marido, lo que no es propio de una mujer!".

Se les enseña desde temprano sus obligaciones para con los demás. Así, por ejemplo, se les dice: "Debes ser un buen hombre. Pelear, comer con exceso, flojear, levantarse tarde, burlarse de los ancianos, no es propio de un *Selknam*. Oye lo que te dice tu padre o tu madre; el joven debe ser generoso con los ancianos, escuchar sus consejos y ayudarlos en sus necesidades". (Gallardo).

"Cuando te encuentres delante de gente adulta, no te mezcles en la conversación. No pelees con otros niños. No les arrebatas sus juguetes. Haz bien lo que te encomiende tu padre. Cuando comas, convida a los otros niños. No abandones tu choza para esconderte con una niña. No te rías de los ancianos, no los imites para burlarte de ellos. Practica bien los ejercicios del arco y la honda. Sé limpio. Lávate cuando te ensucies. No se ve bien un niño con los vestidos rotos o sucios. No botes tus cosas por todas partes. Guarda bien lo tuyo. No destruyas lo ajeno. Cuando se te ofrezca una necesidad corporal, vete solo, lejos de la choza. La gente se alegra cuando ve que eres un buen niño".

No son menos interesantes los consejos dados a las niñas, que no repito aquí por haberlos dado a conocer ya en otra ocasión.

Observa con razón Gusinde, que cuando su intérprete, el anciano *Tetenesk*, le refirió estos consejos con la sencillez de un niño y los vuelve a leer en sus cuadernos de apuntes, ¡le impresionan como si se tratara de órdenes sagradas y piensa en la trágica suerte de esta gente!

Si se piensa, agrega este mismo autor, en los cuidados que exige un niño, se apreciará la obra de una mujer ona que tiene muchos hijos.

Fuera de eso, busca también la mujer el alimento donde

lo encuentra: mariscos, hongos, frutas, etc.; despluma las aves, guarda en las puntas de las estacas la carne y la reparte aún entre sus vecinos. Si alguien llega a la casa, ella es la que prepara el asado. Cuece los huevos y las morcillas de sangre de guanaco, los pescados y los mariscos en el fogón. Busca el agua para beber, cuando su pequeña hija no es apta todavía para suplirla en ese trabajo. Como no hay horas fijas para comer, siempre está lista para satisfacer al marido y a sus hijos.

La mujer levanta el paraviento que sirve de habitación. Hace los canastos, los juguetes para los niños y aun ayuda en sus necesidades a las amigas de la vecindad. Prepara las tierras de colores, junta la leña para el fuego y seca los musgos y otras plantas con que hace los manojos que sirven para encandilar de noche a las aves en el bosque y cazarlas con más facilidad.

Es increíble todo lo que la mujer lleva en sus espaldas en sus caminatas diarias y cómo cuida de su marido, de sus hijos, de los perros. Prepara en los viajes el alimento. ¡Asusta verdaderamente contemplarla siempre en la misma tarea!

En los viajes, la pobre madre se echa todavía a la espalda una escalerita de palo atada con correas de cuero en la que lleva al niño, tal como las araucanas.

Veamos ahora las prácticas y usos de estos pueblos primitivos nómades, con respecto a la propiedad. A primera vista parecería que no son dueños de más tierra que aquella que pisan en el terreno en que por accidente se encuentran, y viven, por consiguiente, libres entre sí, sin más bienes que sus mujeres, sus hijos, sus perros, sus botes, sus cueros y los palos con que en un momento dado levantan el paraviento o la choza, para pasar la noche y seguir después la marcha en busca del alimento.

No ha sido así sin embargo. Desde antiguo han dividido los *Onas* la Isla Grande en una serie de distritos territoriales, que han pertenecido a otras tantas familias distintas. Si a esto agregamos que, tanto el *Ona* como el *Yagán* y el *Alucalufe*, son dueños de su familia y de su haber económico, tenemos que es interesante considerar que este derecho de propiedad es una necesidad que la encontramos hasta en los pueblos más primitivos de la tierra, en contra de las llamadas, no sé por qué, teorías modernas que quieren destruir este dere-

cho profundamente humano. Estos territorios están limitados por ríos, cerros, piedras y árboles de fácil conocimiento. Sin embargo, en los casos en que por escasez de alimento hay que traspasar los límites ajenos de la propiedad, no se opone el dueño a que los recién llegados cacen y aún reciban víveres de sus propias manos, evitándose así buenamente discordias que podrían llegar a veces a vías de hecho.

Para mantener la propiedad se observan los *derechos de la sucesión paterna*, lo que no quiere decir que tengan un jefe propiamente tal, sino que obedecen solamente los consejos de los más ancianos.

El varón es dueño de su capa de pieles y vestidos, arco, flechas, carcaj, cuchillo, raspador, punzón, adornos, trampas para cazar, redes de pesca, mechero y yesca para hacer fuego. A las mujeres pertenecen sus vestidos y adornos, y a los niños sus muñecas y bolas de juego.

La familia dispone de la choza, los botes, los alimentos, etc.

Pero los fueguinos conocen también el comercio de trueque de las culturas más avanzadas. Así los *Onas* del norte, que carecen de las maderas para la confección de sus arcos y flechas, cambian pieles de lobo por estos objetos. Las mejores piedras de flechas se encuentran en el sur, pues de este punto se han repartido por toda la isla. Los del norte no podían cambiar sus pieles de cururo con los del sur, porque éstos disponían de las de sus guanacos que eran superiores, pero sí de buenos trozos de cuarzo para raspadores, la concha de cierta *Voluta* como vaso para tomar el agua, la apreciada tierra blanca, los carcaj de cuero de lobo, etc., que eran muy estimados en el sur.

Hasta la llegada de Gusinde a la Tierra del Fuego, nadie había podido averiguar si los *Onas* conocían a Dios. Sólo después de mucho tiempo, de repetidas conversaciones, le confesaron que este Ser vivía más allá del cielo estrellado y que

a nadie le era permitido hablar con él, tanto por miedo, como por respeto a su deidad. Su nombre es *Temáukel*, pero sólo se le puede llamar "El de allá arriba". No ha estado jamás en la tierra y nadie, por eso, sabe cómo es. En los tiempos antiguos envió a la tierra a *Kenós* para poner en orden las cosas que él había creado. *Temáukel* sabe todo y observa a los hombres, pero no mantiene relaciones con ellos ni con sus almas. No tiene ni mujer, ni hijos, ni parientes. Nadie llega a su mansión. Es eterno. La creación de la tierra plana y el cielo sin astros ni estrellas es su obra, pero no de lo que ahora se ve. El firmamento y la tierra con sus montañas y ríos, etc., son la representación de nuestros antepasados. Así pues, las estrellas, las montañas, los animales y los fenómenos meteorológicos fueron primitivamente antepasados nuestros que vivieron en la tierra y lo que hoy representan no es obra de *Temáukel*, sino de su ministro *Kenós*.

Tampoco ha tenido parte *Temáukel* en la formación del primer hombre, ni en la de los antepasados. Las mujeres se dirigen a él, sin embargo, cuando se enferman sus hijos, diciéndole: "¡Tú, El de allá arriba, no me quites mi hijo, es todavía tan pequeño!", o bien, "¡Tú, haz desaparecer la enfermedad!" Cuando un *Selknam* vuelve a su choza a comer, arroja un trozo de carne cocida a *Temáukel* antes de empezar. Lo mismo hace su mujer en la mañana y en la tarde con el fuego: arroja unos trozos fuera de la choza.

Cuando *Temáukel* envió a *Kenós* a formar los valles, levantar las montañas, etc., y repartir las tierras a los *Onas*, este mismo *Kenós*, creó también al primer hombre. Y cuando hubo ya bastantes hombres sobre la tierra y se habían puesto ancianos, los dejó morir, pero luego, lavándolos, les quitó el mal olor, el cadavérico, y les devolvió la juventud. Concluida su misión en la tierra, voló al cielo, donde permanece en forma de estrella a las órdenes de *Temáukel*. Esta divinidad es respetada por los *Onas*, porque vigila sus acciones, pero saben que son libres, y si no la ofenden, están seguros de que *Temáukel* no los afligirá con enfermedades o les quitará la vida. Es esta la razón por la cual todo *Ona* procura ser un buen hombre. Al morir, se presenta su alma a *Temáukel*, pero no dispone de ella ni con premios ni castigos. Muere porque *Te-*

máukel lo ha castigado privándole de la vida. Los parientes lo lloran, diciendo siempre: "¡El de arriba lo ha asesinado!".

De esto se deduce que la religión de los *Selknam* es *monoteísta*. Su Dios ha existido siempre, es el fundador de las leyes de su admirable moral y vigila los actos del hombre. No se interesa, en realidad, por la suerte de nadie. En cambio, hay que admirar el respeto del *Ona* por su Dios y la magnífica moral que impregna a su existencia y a sus acciones, procurando ser bueno nada más que por el temor de morir y no por otra clase de premios y castigos que no todos pueden merecer! La religión de los *Onas* es de este mundo y nadie se ocupa de la otra vida. Toda la doctrina *Selknam* se basa únicamente en la prolongación de la vida, sin ningún temor a otra cosa. Así se explica por qué estos naturales no hacen otra clase de ofrendas que las ya citadas de la carne y del fuego. Se conducen bien, no porque esperen algo de más allá, sino porque así solamente se procura un bienestar terrenal duradero. Son, por lo demás, muy deficientes los conocimientos que tienen del alma, pero siempre claros, en el sentido de que hay un principio de vida en el hombre que sobrevive a la muerte. Esta debe provenir entonces por la ancianidad. Cuando esto sucede, el cadáver es sepultado en la tierra. En las primeras semanas siguientes a la defunción, la esposa y la madre llaman al marido o al hijo tres o más veces al día, y siempre por la mañana y en la noche. Como señal de duelo los parientes se hacen heridas en la piel o se rasguñan, se rapan el pelo en la parte superior de la cabeza o se pintan de negro y rojo.

Es muy rica la mitología del pueblo *Ona*, y es justo reconocer a Gusinde principalmente, el mérito de haber enriquecido a la ciencia con su conocimiento. Por lo limitado del espacio, voy a dar a conocer a la ligera sólo unos cuantos personajes y la historia del origen del *Klóketen*, festividad íntimamente ligada a la sociología de este pueblo.

Kenós es el principio de lo creado, fundador de la patria de los *Selknam*, representante de *Temáukel* y el primero de nuestros antepasados que vivió en la tierra. Después de haber andado por todas partes, llegó a la Isla Grande que

estaba enteramente despoblada. Solo se encontró aquí, pero se dirigió al fin a un pantano, donde tomó una champa de barro que exprimió entre sus manos para quitarle el agua y formó con ella un *genitale masculinum*. Lo colocó en el suelo. Volvió a tomar otra champa a la que dió la forma de un *genitale femininum* y la colocó al lado de la anterior. En la noche se juntaron estos dos objetos y, al día siguiente apareció un hombre que luego creció. Este fué nuestro primer antepasado. Se dejaron nuevamente los dos trozos de tierra en el suelo, uno al lado del otro, se juntaron de nuevo en la noche y volvió a aparecer otro hombre que también creció ligero y fué nuestro segundo antepasado. Volvieron a juntarse de nuevo, y esta operación se continuó noche a noche durante mucho tiempo. Cada vez que se juntaban aparecía un nuevo antepasado. Pronto se pobló así la tierra. Al poco tiempo hubo muchas mujeres y desde entonces se juntan los hombres con las mujeres. La champa de que se valió *Kenós*, para formar al primer hombre fué oscura, razón por la cual son los *Onas* de este color. Habiendo formado de la misma manera a los blancos, pero con champas de color claro, tomaron éstos este otro color.

Kenós enseñó a hablar a los antepasados, a trabajar, a vivir junto a las mujeres para tener hijos, eso sí, sólo entre los esposos. Todos deben conducirse como se los enseñó él mismo que fué un hombre bueno. Por fin, concluida su obra y ya anciano, se transformó en una de las estrellas del firmamento conocida con el nombre de Alfa o Aldebarán en la constelación de Tauro, visible hacia el este en invierno. Le acompañan también en forma de estrellas sus tres amigos que estuvieron con él en la tierra. Otros antepasados le siguieron poco después al cielo y se convirtieron en estrellas y nubes. En ese tiempo se formaron también de los mismos antepasados la lechuza, el albatros, el ganso y los pajaritos más pequeños. Otros se transformaron en vientos que se dirigieron a sus respectivos lugares, en animales marinos, en montañas, en ríos, etc. Como la larva de un insecto que en invierno se presenta en forma de gusano y se transforma en verano en mariposa, así pasó con los antepasados.

Pero, estando todavía en la tierra *Kenós*, vió que, a pesar de estas transformaciones de los antepasados, se multiplicaba muy ligero el género humano y que luego iba a esca-

sear la tierra; levantó el firmamento que estaba muy bajo, para dar más comodidad a los *Selknam*.

Otro personaje importante de la mitología ona es *Cénuke*, contemporáneo de *Kenós*. Hombre de mala índole, como *Kwányip*, que fué el causante del fenómeno de la muerte. Hijo único, díscolo, siempre dispuesto a molestar al prójimo, por lo que era muy temido, mataba por placer y sólo con una mirada. Así, se cuenta que bajando un día a la playa una mujer a mariscar, *Cénuke* la sigue y, sentándose sobre una roca le dice: "Dame un poco de marisco". La mujer se dirige inmediatamente a él y le ofrece lo que le pide. *Cénuke* la recibe con risa irónica y mirada tan extraña, que la pobre cae inmediatamente muerta. Este era el placer de este personaje. *Cénuke* era enemigo de *Kwányip* que también había hecho mucho daño a la gente. *Kenós* recomendó a *Cénuke*, antes de trasladarse al cielo, que a todas aquellas personas que llegaran a la vejez y quisieran volverse jóvenes, las lavara, lo que hizo efectivamente. Pero aconteció que por ese mismo tiempo vivían también en la tierra *Aukmenk*, hermano mayor y *Akelwóin*, hermana menor de *Kwányip*. Anciano ya *Aukmenk*, pareció que se moría. *Kwányip* tomó inmediatamente la capa de su hermano mayor, lo envolvió con ella y lo puso en el suelo para lavarlo, lo que no hizo en realidad, y, al contrario, dejó pasar algunos días sin preocuparse de él, aun cuando daba todavía señales de vida. No deseando *Kwányip* que viviera su hermano, puso así todo su empeño en que muriera, lo que sucedió efectivamente, y desde ese día, nadie volvió a levantarse de la tierra y sobrevino la muerte.

Sabido esto por *Cénuke*, echó en cara a *Kwányip* su mala acción y, triste y desesperado éste, se marchó a la esfera celeste con su familia, dejando entristecidas a las gentes que exclamaban: "¡Qué hermoso era antes! ¡Cuando los ancianos se debilitaban, o —mejor dicho— sobrevenía la vejez, se acostaban a dormir, se les lavaba, se levantaban jóvenes y volvían a vivir; ahora, por culpa de *Kwányip*, ya nadie se levantará otra vez!". Esta es la manera cómo llegó la muerte al pueblo *Selknam*.

Desde esa época se pinta *Kwányip* de rojo, color que conserva en la estrella del firmamento que, junto con las de

sus dos mujeres, la madre *Sasán* y los dos hermanos *Sasán*, sus sobrinos, corresponden a la constelación de *Orión*.

El mito del diluvio, que no hay pueblo de la tierra que no lo tenga en sus leyendas, se refiere así en el país de los *Selknam*.

“Hubo antiguamente un tiempo muy lluvioso. Todas nuestras tierras se inundaron. El agua subió más y más. Cubrió, por fin, a las montañas. Los hombres vieron venir el agua. Para salvarse corrieron a las rocas, convirtiéndose unos en lobos y otros en pájaros. Después bajó el agua. Esta es la razón por qué a los hombres y a los pájaros les gusta posar sobre las rocas”.

Y así, hay como estas una serie de leyendas en las antiguas tradiciones de los *Selknam* que ponderan las grandes acciones de sus antepasados, y ponen a la vista la capacidad intelectual y el alma de este pueblo, tan vilipendiado por los viajeros y sus asesinos que nunca lo comprendieron.

Una institución muy curiosa, descubierta también por Gusinde, es la que se refiere a las fiestas del *Klóketen* cuyo origen vamos a describir. Es de advertir, de paso, que estas fiestas son desconocidas de los demás pueblos primitivos nómades y recolectores. Su práctica indica claramente la influencia de un pueblo más adelantado que alguna vez estuvo en relación con los fueguinos, o, mejor dicho, con los *Onas*, y que éstos influenciaron después a los *Yámanas* y *Alacalufes*. Este pueblo debió haber tenido asiento en el norte del continente sudamericano y, —según la escuela histórico-cultural— ser poseedores ya de la cultura de derecho materno, o sea la cultura de los trabajos agrícolas descubiertos por la mujer.

Y así, fundadas las fiestas del *Klóketen* por las mujeres, se apoderaron posteriormente de ellas los hombres, y han mantenido su práctica y significado en tan profundo secreto que, hasta Gusinde, no le había sido permitido a nadie saber absolutamente nada de ellas.

Según el mito que dió origen a la celebración de las fiestas del *Klóketen*, "Hubo ya en aquellos tiempos muchos antepasados en la tierra, entre los que se contaban el sol, la luna, las estrellas, los vientos y los ríos. Entonces mandaban las mujeres, dentro y fuera del hogar. Ordenaban los trabajos a los hombres, lo mismo que se hace hoy con las mujeres. Estaban obligados a quedarse en la choza para cuidar el fuego, asar la carne, arreglar las pieles y cuidar a los niños. No les era permitido tomar parte en sus reuniones. Sólo ellas podían tomar las resoluciones que después debían obedecer los maridos.

"Pero como estos eran fuertes y numerosos, pensaron las más astutas que iban a sublevarse un día y negarles la obediencia. Se juntaron entonces para discutir lo que debieran hacer, porque no podían permitir que los hombres se levantaran y se negaran a obedecerles. La de más representación de todas se llamaba *Kra*; era la luna misma esposa de *Kran*, el sol. Esta poderosa mujer gozaba de una gran influencia sobre sus compañeras. Era además muy temida, y nadie se atrevía a contradecirla, pero a pesar de todo, siguieron las mujeres discutiendo el asunto.

"Por fin, convinieron en hacer una liga secreta, tal como la hacen hoy los hombres. Levantaron a una buena distancia del campamento o vivienda común una choza cónica más grande que las usadas por sus familias. Se juntaban allí a medio día y permanecían hasta horas muy avanzadas de la noche. No le era permitido a ningún hombre acercarse a esta choza grande, sólo ellas podían visitarla y los hombres debían permanecer forzosamente alejados en el campamento.

"Cada mujer se pintaba el cuerpo con signos especiales, hoy así, mañana de otra manera. Se ponían una máscara de corteza de árbol sobre la cabeza, con la que se cubrían también la cara, a fin de que nadie pudiera reconocerlas. Disfrazadas de esta manera salían saltando de la choza grande, de a una o de a dos, o en fila, llamando a sus maridos e hijos que las miraban desde una buena distancia.

"Algunas hicieron creer a sus maridos que esos seres habían bajado del cielo o salido de la tierra para vigilarlos y a juntarse con ellas en la choza grande para disponer a su voluntad de los hombres y las mujeres. Nadie podía oponerse a ellos porque eran muy poderosos. La *Xálpen* especialmente

es la que más averigua la conducta de los hombres. El *Soorte*, su esposo, hace otro tanto y castiga severamente a los que no obedecen a las mujeres. Se dejaban ver también *Mátan*, *Kós-menk*, *Tánu*, *Kátair*, *Ketérnen* y otros en forma de espíritus sobrenaturales. Pero todas estas mujeres fingidas no eran en realidad más que las mismas de la choza grande que se disfrazaban de distintas maneras. Se pintaban el cuerpo y se ponían las máscaras como mejor les convenía, cambiando así los papeles y engañando a los hombres con el mal propósito de mantenerlos siempre en el terror y la obediencia.

“La más influyente de todas, como queda dicho, era *Kra*, que disponía además del mando y de lo que se debía ordenar a los hombres. Cada mujer encomendaba a su marido el trabajo que había dispuesto *Kra*. Los hombres cumplían estas órdenes. Y así pasaban casi todo el año las mujeres en la choza grande y sólo de cuando en cuando volvían al campamento para disponer del trabajo de sus maridos y comer el asado que habían preparado para ellas. Algunas veces se quedaban a dormir en sus chozas, pero rara vez volvían al campamento. Exigían, sí, que siempre les tuvieran sus maridos una buena provisión de carne porque pasaban siempre con hambre. Para esto les decían: “La *Xálpen* tiene necesidad de mucha carne”, razón por la cual pasaban los hombres su mayor tiempo en la caza, trayendo una abundante provisión de este comestible que suministraban a sus mujeres para no encolezar a la *Xálpen*.

“*Kran*, el sol, era un magnífico cazador y gran corredor. Siempre volvía del campo con abundante caza que la repartía en el campamento, donde se juntaban diariamente algunas muchachas que venían de la choza grande de los espíritus, encargadas de decir a los hombres: “Nos manda la *Xálpen* a llevar carne”. Y entregaban los hombres toda la que podían.

“Aconteció un día que le tocó al sol cazar por unas rocas un guanaco grande. Cargó al animal sobre sus espaldas y se dirigió a su choza, pero, cansado por el mal camino y la pesada carga, se puso a descansar, sentándose a la sombra de unos matorrales. Sin sospecharlo, se encontraba cerca de la choza grande del *Klóketen* que daba a la laguna. Vió allí a dos muchachas que se bañaban, conversaban y se reían. Cui-

dadosamente se acercó hacia ellas para escuchar lo que decían. Vió que estaban pintadas como la *Ketérnen* que se dejaba ver a veces en la choza grande del *Klóketen*. Se ensayaban en dar pequeños pasos hacia atrás y hacia adelante, manteniéndose siempre muy erguidas, tal como se les había enseñado la *Kra*. Se entretenían con este estudio y decían: "Pronto lo alcanzaremos... ¡cómo se admirarán los hombres!" Se reían, burlándose de ellos que creían en la *Ketérnen*; celebraban la astucia de las mujeres y el susto permanente de los hombres... de esta manera se divertían las muchachas.

"Furioso hasta la desesperación salió de su escondite *Kran*, gritándoles en seguida: "¡Mujeres falsas... Así habéis engañado a los hombres... Ya lo sé todo!" Sorprendidas éstas, saltaron inmediatamente al agua. El sol volvió a cargar rabioso su guanaco y, haciendo su camino, las muchachas oyeron que seguía diciéndoles: "Os aconsejo esconderos, porque os va a ir mal". Y efectivamente, se transformaron inmediatamente en *ko'oklol* (patos) que desde entonces pasan escondidos en el agua. Se juntan a veces, pero siempre en lugares ocultos y donde hay remolinos. Si alguien se acerca a ellos, se esconden inmediatamente bajo el agua.

"Paso a paso volvió *Kran* a su habitación, procurando disimular su rabia, sin manifestársela a nadie y pensando en lo que podía hacerse.

"Una vez en el campamento, se mostró indiferente con los hombres y las mujeres. Nadie sospechó la emoción que lo dominaba. Con todo cuidado, sin embargo, se puso poco después en relación con sus compañeros para contarles el engaño que estaban haciendo las mujeres con ellos. Todos estuvieron de acuerdo en que dentro de la choza grande sólo había mujeres que se pintaban todo el cuerpo y se adornaban la cabeza con un *tólon* para que nadie las pudiera reconocer. Cuando los hombres oyeron esto, se pusieron furiosos, pero disimularon también su rabia, pues *Kran* les había pedido no darse por entendidos de lo que pasaba. Siguieron meditando lo que iban a hacer, pero quisieron tener la seguridad de saber, ante todo, lo que hacían las mujeres en la choza grande. El astuto *Kran* dijo entonces: "Mandemos a algunos corredores ligeros a la

choza grande para que vean lo que ocurre allí y nos lo comuniquen después, sin que lo sospechen las mujeres”.

“Se encomendó esta tarea al pequeño *Káxken* (el pájaro porotero). Se agasapó contra el pasto y corrió hacia donde se le mandaba, cuidando de no ser visto por las mujeres que hacían guardia permanente en la choza grande. Corrió dirigiéndose hacia el interior, de un lado de ésta primero y hacia el otro después, arrimado lo mejor que pudo a las paredes para no ser descubierto. Tropezó, sin embargo, con los tolones o máscaras, pero no fué percibido por nadie. Cuando volvió al campamento expresó que sólo había visto a la mujeres y a sus hijas. Encomendaron después la misma tarea al pequeño *Tornéceren* (otro pajarito). Este era un personaje muy emprendedor y alegre. Se dirigió a la choza grande, donde nadie lo vió. Vuelto al campamento dijo a los hombres: “Verdaderamente allí no hay más que mujeres y niñas que cubren sus caras con máscaras”. Pero no contentos todavía, enviaron a *Cá-cun* (también pajarito) que era ágil y atrevido. Con más rapidez todavía que los otros, examinó todo, deslizándose alrededor de las paredes internas de la choza, a las espaldas de las mujeres. Nadie lo vió y tornó ligero al campamento: “No he visto a los espíritus de que se habla, ni a la *Mátan*, ni a la *Xálpén*, sólo a mujeres sentadas en cuclillas”.

“Con estas noticias se dieron cuenta cabal los hombres de que eran engañados por sus mujeres. Acordaron sin más espera echarse sobre la choza grande y matarlas a todas. *Sat* (también un pajarito) debía dirigirlos, para lo cual se acercaría sigilosamente a ella y daría un silbido en el momento oportuno a los hombres para que cayesen sobre las mujeres.

“Entretanto, se apareció en el campamento de los hombres, *Támtan*, hija de *Kran*, diciéndole a su padre que la *Xálpén* necesitaba mucha carne. Presa de gran agitación al oír esto, tomó *Kran* el guanaco que acababa de traer de la caza y, furioso, lo arrojó a los pies de su hija, gritándole: “Toma esta carne, no he podido conseguir hoy más, llévala a tu madre y a las otras mujeres, sólo ellas tienen el derecho de comer y gozar... ¡Ya alcanzará para todas sus compañeras!”.

“Completamente turbada *Támtan* por el modo como la recibió su padre, llevó la carne a la choza grande. En la puerta llamó como de costumbre, con un silbido, anunciando su lle-

gada. Pálida de susto entregó la carne a su madre. Entre tanto, todas las mujeres preguntaban qué era lo que había sucedido. "Cuando me vió mi padre, —dijo la muchacha— arrojó la carne a mis pies y muy excitado gritó: "Tómala, no he podido conseguir más, llévala a tu madre y a las otras mujeres, sólo ellas tienen derecho a comer y darse buena vida; alcanzará para todas! ¡Esto fué lo que me dijo mi padre! Las mujeres se alistaron. *Kra*, que era muy arrogante y estaba bien pintada, se adelantó acompañada de cuatro mujeres. Quería imponerse de lo que hablaban los hombres, presentándose personalmente a ellos. Llegadas al campamento, visitaron una a una las chozas, recibiendo de los hombres la carne que tenían en su poder. Un anciano murmuró, sin embargo, estas palabras que pudieron oírse distintamente: "¿Será cierto que esta carne es para la *Xálpén*?" Y otro agregó: "Sabremos, por fin, que son sólo las mujeres las que comen esta carne?". Y así por el estilo. La luna volvió con sus compañeras a la choza grande. Ya no dudó de que los hombres sabían algo de la farsa con que los estaban engañando; "Algo han sospechado", repetía. "Antes, nadie se atrevía a hablar de esta manera". Pero quisieron tener mayor seguridad todavía acerca de lo que pasaba entre los hombres y qué era lo que sabían de sus fiestas. Ordenó entonces *Kra* que se dirigiera inmediatamente un *Soorte* al campamento para escuchar a los hombres y saber lo que intentaban hacer. Era preciso proceder con rapidez.

"Inmediatamente se presentó una mujer, se pintó de espíritu el cuerpo y se puso un *tólon* en la frente. Se habían adelantado, entretanto, otras mujeres al campamento, anunciando la llegada del *Soorte*. Todas corrieron a sus chozas y cubrieron sus caras con sus capas. Habían tomado tan buena colocación las recién llegadas, que cada una podía observar perfectamente a su marido cuando se presentara la otra en forma de *Soorte*. Lo que nunca había sucedido, oyeron las mujeres algunas recriminaciones de sus propios maridos. Así, uno dijo: "¿Quién puede asegurarme que la mujer que va a llegar es un *Soorte*?" Y otro: "No sabemos si no son nuestras propias mujeres las que nos engañan", y un tercero: "¡Parece que las mujeres quieren asustarnos!". Se oyó, por fin, una voz que decía: "¡Alguna de nuestras mujeres se ha disfrazado con sus pinturas y quiere hacernos creer que es un

Soorte!". Oyendo esto las mujeres, se apoderó de ellas la mayor confusión y se volvieron a la choza grande cuando el *Soorte* desapareció. La luna entonces, dirigiéndose al campamento, gritó: "¡Silencio, la *Xálpen* está indignada!", de lo que no hicieron caso los hombres. Perpleja la luna, apeló a otro recurso para amedrentarlos. Les conminó a que se acercasen con ella hasta la choza grande. Aunque medrosos, pero empecinados, los hombres la siguieron. Ella, adelantándoseles, llegó hasta la puerta y frente a ésta gritó: "¡*Xálpen, ke sat!*", o sea, ¡*Xálpen, manifiéstate!* A esta voz formaron inmediatamente en dos filas las mujeres y, saliendo de la choza grande, se colocaron a la derecha e izquierda de la entrada. *Kra*, se puso al frente de ellas y como recurso supremo invitó a los hombres a que se acercasen para ver cómo la *Xálpen* iba a devorar una a una a las propias mujeres, lo que naturalmente no dejó de asustar a los hombres.

"Cada uno de ellos, entretanto, iba provisto de un garrote y cuando la luna les pidió acercarse para presenciar la rabia de la *Xálpen* que iba a devorar a todas las mujeres, embistieron, adelantándose más de lo necesario. La luna trataba de detenerlos, gritándoles: "¡No tan cerca; hombres!", con lo que pretendía obligarlos a permanecer lejos de la choza. En este momento dió un silbido *Sat* que se había mantenido oculto en las cercanías de la choza grande y que los hombres oyeron. Avanzaron entonces impacientes hacia adelante. La luna volvió a gritarles en medio del espanto y la confusión: "¡Atrás, hombres, que la *Xálpen* va a salir!". Las mujeres presenciaban inquietas estas escenas y, en medio de la confusión, animaban a la luna gritándole: "Ya están cerca los hombres, ¡ay de nosotras! ¿Adónde vamos?". Los hombres, por su parte, empujando a *Kra* al interior de la choza grande, se apoderaron de la entrada y luego penetraron en ella.

"Entonces gritó *Kran* (el sol): "Maten a las mujeres!", y los hombres hicieron funcionar sus garrotes sobre el montón de mujeres. Cada uno apaleaba la que estaba a su alcance, yaciendo en poco rato ensangrentadas por el suelo todas las mujeres y las niñas de la choza grande. Y habiendo sucedido que los hombres se encontraban frente a frente de sus propias mujeres e hijas, encomendaron la tarea de concluir con ellas a los otros compañeros, pero, a pesar de esto, mu-

chos mataron a sus propias cónyuges, tal era la rabia que los dominaba. El sol tomó un tizón ardiendo para acometer a su propia mujer. Al primer golpe que le asestó, tembló el firmamento; al segundo y tercero se hizo más grave la cosa, lo que impidió que le siguiera pegando, por miedo a que se derrumbase la bóveda celeste. Huyó entonces *Kra* de la choza grande y fué a parar al cielo. Las cicatrices que le dejaron las quemaduras, en forma de manchas negras se observan todavía en las noches claras en el astro.

"*Kran*, o sea el Sol, siguió inmediatamente a su mujer *Kra*, pero no la ha podido alcanzar hasta hoy. Esta mujer aparece, a veces, roja en el cielo, cuando recuerda su rabia contra los hombres, lo mismo que el odio a esa mujer no se ha extinguido todavía en el país de los *Selknam*.

"Los hombres, por su parte, apagaron el fogón y destruyeron todo lo que encontraron en la choza grande, dejándola a ras de la tierra, y volvieron al campamento donde siguieron dando muerte a las mujeres que habían escapado vivas todavía, dejando sólo a las niñas pequeñas que debían propagar a los *Selknam* más tarde. Cuando éstas crecieron, los hombres empezaron de nuevo, pero sólo para ellos, las fiestas del *Klóketen*. Las mujeres asistieron a ellas, pero nunca supieron cómo los hombres habían llegado a conocer el secreto de estas fiestas misteriosas".

Cuenta Gusinde que siguió una gran catástrofe a la destrucción del *Klóketen* de las mujeres, y las que quedaron vivas se volvieron animales. En las manchas y colores de sus pieles se ve todavía los signos que llevaban en la vida cuando engañaban a sus maridos.

Esta es la historia del gran engaño que hacían las mujeres en los tiempos antiguos y sólo desde entonces desempeñan los hombres el papel de las mujeres, juntándose en la choza grande para celebrar las fiestas del *Klóketen*. Cuando los jóvenes aprenden a callar pueden hacerse *klóketenes*.

Nuestras *Xálpen*, *Matan*, los *soortes*, etc., son sólo ficciones de las fiestas de ahora que imitan a los personajes del tiempo antiguo, ¡cuidado con revelar este secreto a las mujeres! ¡El último *Selknam* está obligado a llevarlo a la tumba! Jamás puede saber una mujer que somos los hombres los que estamos en la choza grande, que nos pintamos, que nos

ponemos las máscaras y que hacemos las representaciones que ven de lejos las mujeres en el campamento, creyéndonos espíritus. ¡Guardamos rigurosamente este secreto!

Lo extenso de este trabajo me impide seguir dando a conocer con mayor amplitud la mitología y cosmogonía selknam, y conocidas ya la creación del cielo y la tierra por *Temáukel*, del hombre por *Kenós*, de la muerte por *Kwányip*, del sol, la luna, las estrellas, los valles, los ríos, las montañas, las nubes, los vientos, los animales de la tierra y del mar, las aves, etc., etc., que no son sino antepasados que antes vivieron en la tierra, descubrimos en este pueblo primitivo una mitología tan perfecta e interesante como la de cualquiera de los otros pueblos del Antiguo Mundo.

Toca a mi amigo, el Padre Martín Gusinde, —ex Jefe de Sección del Museo a mi cargo y hoy uno de los más reputados y conocidos etnólogos del mundo científico, que ha visitado también los pueblos indígenas del suroeste de América del Norte y los pigmeos del centro del Africa— y a la ciencia chilena, el honor de haber descornado el obscuro velo que cubría la cultura de los pueblos fueguinos y agregar a la sociología universal un valioso contingente de elementos cuya existencia se ignoraba y que se agregarán al estudio y meditación de los que se ocupan del conocimiento del hombre.

Con la próxima aparición de la obra dedicada a los *Alacalufes*, estando ya publicadas las correspondientes a los *Onas* y *Yaganes*, se completarán estos conocimientos que tuve la suerte de recoger Gusinde en el momento en que casi se hallaban extinguidos, por encargo oficial del Museo Histórico Nacional de Chile.

Nuestro país tiene pues una gran deuda de gratitud para con este modesto sabio.

SANTIAGO DE CHILE

*Museo Histórico Nacional
de Chile*